

El inconsciente dinámico

DR. ARMANDO HINOJOSA

DESDE tiempos inmemoriales ha existido, en la sabiduría popular, la idea de un inconsciente operante. Esta idea se ha manifestado de diversas maneras, en todas las culturas y quizá la forma más impresionante y tenaz, que demuestra su importancia, ha sido el valor conferido a los sueños. En la actualidad se puede saber con bastante certeza, cuáles son las causas de que el hombre se haya interesado por sus sueños desde las épocas más remotas. El sujeto durmiente está lejos de tener un cerebro en reposo como hasta hace poco se creyó y, en sentido tradicional, el sueño no puede considerarse como un descanso. Durante el dormir, el sujeto oscila a través de diversas etapas, que tienen, cada una, determinadas características. Los sueños se producen cuando el durmiente cursa por una de estas etapas, llamada etapa MOR, por presentarse acompañada de *movimientos oculares rápidos*.

El durmiente produce en este período, ondas electroencefalográficas características que indican intensa actividad cerebral. La temperatura cerebral y el consumo de oxígeno se elevan y, en el hombre, las ondas del registro eléctrico aumentan, de 30 a 600 milivoltios, cifras que solamente pueden equipararse a las producidas por el cerebro en estado de vigilia y en intensa concentración mental. Durante el estado MOR, y a pesar del dormir profundo, se guardan contactos específicos con estímulo del ambiente, tales como el llanto de un niño para una madre, o determinados ruidos alarmantes. Otras veces, la interrupción de un ruido o sonido tranquilizante, es signo de alarma que induce el despertar. El durmiente es capaz de discriminar sutiles variaciones de intensidad y tono, como se ha demostrado con experimentos.

En este estado, el durmiente se halla en intensa agitación interna, durante la cual puede contraer las mandíbulas y hablar entre dientes, aunque su cuerpo permanezca flácido, y percibe emociones e imágenes tan intensas y vivas, que pueden compararse a las de los sujetos en estado de trance o con las experiencias psicodélicas, llenas de significación vivencial. Es por esto, que el sujeto que recuerda sus sueños por la mañana, se siente impresionado, aunque no los comprenda en su significado simbólico, y no resiste a la tentación de contarlos a los demás y seguir preocupado por ellos.

En las culturas antiguas, se creía que los demonios o las divinidades

[57]



podían manifestarse a los hombres a través de los sueños, transmitiendo mensajes y presagios o ejerciendo diversas influencias. En la *Iliada*, los dioses inspiran sueños maléficos o benéficos, según los cuales los hombres actuarán. Tradicionalmente, los sueños han tenido un carácter premonitorio, y los sacerdotes y adivinos los han utilizado para establecer presagios y dar consejos. Los sueños de José, relatados en la Biblia, son un ejemplo clásico. En tales casos, el adivino, de manera intuitiva, rastrea lo que la sabiduría del inconsciente y la percepción profunda de sí dejaban a un sujeto durante la noche, aunque sin tener una noción clara de los hechos. De este modo, podía pensarse que los sueños significaban el contacto más profundo del hombre con la sabiduría divina. En la tradición delfica, el peregrino debía dormirse en el templo y soñar; en los sueños que tuviera estaría contenida, en forma más o menos esotérica, la solución de los problemas que le habían llevado a pedir ayuda. Esta idea estaba en estrecha conexión con el “Cónocete a ti mismo” inscrito en el templo y que llegó a ser el máximo principio socrático.

La clásica “consulta con la almohada”, predilecta de nuestros abuelos, tiene este mismo sentido. Cuando una persona sufre de irresolución y dudas, puede dormirse pensando en sus problemas. Al día siguiente, al despertar, podrá tomar con facilidad la mejor resolución. Mientras duerma, las cosas se habrán aclarado, disipándose las emociones perturbadoras y despertará teniendo dentro de sí, una convicción. También se citan casos, muy curiosos, de personas que durante sus sueños han resuelto complicados problemas, compuesto un trozo musical o una poesía.

Pero siendo misterioso y oscuro el pensamiento onírico, requería de un intérprete. La tradición de interpretar el sentido profundo de los sueños, o sea de penetrar el inconsciente, se pierde con el principio de la historia. Los hebreos parecen haberla adquirido a través de su contacto con las culturas asiria y babilónica. Pero el interés por los sueños, que constituyen una de las más asombrosas manifestaciones del inconsciente, decayó gradualmente y se hundió en el más completo desprestigio, al considerarse que su sentido era digno, solamente, de la superstición o de la ignorancia popular.

Esta situación, que culminó en el siglo XIX con el auge de las ciencias naturales, fue rota en 1900, cuando el genio de Freud hizo luz en su obra maestra “La interpretación de los sueños”,¹ dándole un carácter científico a dicha interpretación y concediendo a los sueños una importancia tan grande, que llegó a decir que eran el camino real (principal), que lleva al inconsciente.

Paralelamente al interés por los sueños, otras manifestaciones del inconsciente han sido motivo de tradicional preocupación. Entre ellas se pueden citar muchos cambios inexplicables del humor; la fuerza de las pasiones

sobre la razón y la incapacidad del simple conocimiento intelectual para dominarlas; las fallas de la voluntad; los estados místicos y de trance; los estados crepusculares y sonambúlicos; los efectos del tiempo sobre los recuerdos, extrañamente deformados y cambiantes; así como todas aquellas curiosas manifestaciones que Freud analizó detalladamente en su “Psicopatología de la vida cotidiana”,¹ con el nombre de actos fallidos, adscribiéndoles su verdadero sentido y valor. De este modo dejó asentadas las bases para la comprensión científica y profunda de la conducta humana, ya que de modo intuitivo, la idea de factores inconscientes operantes existía en la mente de muchas personas. Los literatos han usado ampliamente de esta idea, y un truco muy socorrido en las obras del teatro clásico, consiste en hacer que alguno de los personajes cometa un *lapsus*, con el que inconscientemente delata sus ocultos pensamientos, su amor, o sus aviesas intenciones.

Por otra parte, en la cultura occidental existía, desde muy antiguo, el concepto del inconsciente dentro de la filosofía. Recuérdese que durante siglos, la psicología permaneció como una ciencia especulativa, que formaba una parte de la filosofía. Pero estos conceptos filosóficos, en los que se admitía el componente inconsciente de la psique, eran de carácter estático y especulativo, sin conexión ni influencia importante sobre la vida consciente ni sobre la conducta. Se trazaba una tajante línea divisoria entre los dos estratos mentales y el inconsciente era considerado, apenas, como algo más que un sótano oscuro e inservible. El interés de la psicología filosófica se dirigió, casi exclusivamente, a los procesos de la vida consciente y aún éstos, sólo se concebían y clasificaban de manera estática, ignorándose con ello algunas de las características más peculiares de la mente.

Esta situación fue causa de que se confiriera al ser humano una responsabilidad casi absoluta de sus actos, cuando no la asumía debía admitirse que había estado poseído por algún espíritu del mal. El castigo a las faltas era la única actitud posible aun en el caso de arrepentimiento y de no haber éste, tenía que destruirse al espíritu maligno junto con la persona, generalmente por medio del fuego. El albedrío era absoluto y la libertad también; por otra parte, podía ser que la predestinación fuera completa y superior al ser humano. Durante siglos, la negación de otros elementos importantes de la psique y particularmente el desconocimiento del inconsciente dinámico, fueron factores determinantes de actitudes llenas de crueldad, incompreensión y errores hacia muchas peculiaridades de la conducta humana.

Dentro de los grandes defectos de la psicología filosófica, han quedado como saldo algunos elementos positivos. Como una curiosidad, puede mencionarse una clásica y bien conocida prueba de la existencia del inconsciente. Es la siguiente: sucede a veces, que se pide a alguien que diga cómo se llama X persona; el interrogado puede contestar que conoce el nombre,



pero que en aquel momento no puede decirlo, porque no lo recuerda. Si entonces se le pregunta si X se llama Y, responderá que no, pero sigue sin poder opinar que X no se llama Y ni W, el interrogado debe saber en ese pongan. De esta situación, de observación corriente, se deduce que para poder opinar que X no se llama Y ni W, el interrogado debe saber, en ese mismo momento, el verdadero nombre de X y poder establecer la comparación indispensable, mediante la cual rechaza los nombres erróneos. Al no poder decir el nombre de X, demuestra que lo sabe al mismo tiempo que no lo sabe, o sea que se trata de un conocimiento situado en otra parte de la conciencia. Esa otra parte es el inconsciente, puesto que, dicho en otras palabras, afirma que no lo sabe, pero actúa como si lo supiera.

El germen de la inquietud por los procesos inconscientes se encuentra diseminado entre los diversos filósofos, pero corresponde a Espinosa el mérito de ser uno de los primeros y más importantes pensadores, que comenzaron a comprender el inconsciente como un estrato psíquico dotado de dinamismo. En su "Ética",² se encuentran notables ejemplos de la forma como considera los procesos mentales. Pueden citarse algunos:

"No han faltado, sin duda, hombres eminentes (a cuya labor e ingenio debemos mucho) que hayan escrito bellas cosas respecto a la conducta recta de la vida y que hayan dado a los mortales consejos llenos de prudencia; pero nadie ha intentado, que yo sepa, determinar la naturaleza y la fuerza de las afecciones y lo que puede el alma, por su parte, para gobernarlas".²

"...No somos libres del todo, cuando se trata de cosas a las cuales tendemos con afección viva que no puede apaciguar el recuerdo de otra cosa. Si los hombres no supieran por experiencia que muchas veces nos arrepentimos de nuestras acciones y que a menudo, cuando estamos dominados por afecciones contrarias, vemos lo mejor y hacemos lo peor, nadie les impediría creer que todas nuestras acciones son libres" "...los hombres se creen libres sólo porque tienen conciencia de sus acciones e ignoran las causas que las determinan; y, además, que los decretos del Alma no son otra cosa que los apetitos mismos y varían por consecuencia, según la disposición variable del cuerpo"* "...Quisiera que se observase particularmente lo que sigue: por decreto del Alma no podemos hacer cosa alguna cuyo recuerdo no tengamos primero. Por otra parte, no está en poder del Alma olvidar una cosa o recordarla"; "...así, esos decretos se forman en el Alma, con la misma necesidad que las ideas de las cosas existentes en el acto. Por consiguiente, los que creen que hablan o callan, o hacen una acción cualquiera por un libre mandato del alma, sueñan con los ojos abiertos".**

* Cita 2, pág. 118.

** Cita 2, pág. 119.

Su concepto de la libertad es relativo y a diferencia de otros filósofos, que daban un valor absoluto a la libertad de conciencia y al libre albedrío, Espinosa toma en mucha consideración los factores de naturaleza inconsciente, que para él radican en las afecciones, y considera la libertad y la conducta humana como condicionadas por ellas. Como ejemplo de este predominio frecuente de las afecciones sobre la razón, se puede tomar uno, de la *Iliada*, poema en cuyos personajes predomina la sencillez de las motivaciones de la conducta. Aquiles había sido advertido por su madre, la diosa Tetis, de que el destino le había señalado dos alternativas en su vida. Si permanecía alejado de la guerra, le esperaba una vejez dichosa en su palacio, pero si combatía y mataba a Héctor, su vida sería breve aunque cubierta de eterna gloria. Esta alternativa parece muy sensata y podría aplicarse a muchos mortales. Cuando Agamenón despoja a Aquiles de la joven Briseida, que le había sido concedida como botín de guerra, Aquiles se llena de cólera y opta por retirarse de la contienda, junto con su ejército. Con ello satisface también el deseo de evitar su pronta muerte y así lo recuerda en sus réplicas; pero cuando a ruegos de su madre, Tetis, Zeus inclina la victoria hacia los troyanos, que logran llegar hasta las naves e incendiar una de ellas, Patroclo, el íntimo amigo de Aquiles, viste las armas de éste y sale al campo de batalla, siendo muerto por Héctor. En este momento la suerte de Aquiles queda decidida. Sale a la guerra furioso y dispuesto a matar a Héctor, a sabiendas de que su venganza le costará la vida. El dolor y la cólera son más fuertes que su deseo de vivir, y cuando uno de sus caballos divinos le habla, recordándole su próxima muerte, le manda callar con furia. Más tarde llorará en compañía del padre de Héctor, el triste destino de ambos. Esta situación, aunque extrema, que en la *Iliada* nos parece tan primitiva, no es muy diferente de la que se observa en el común de las gentes, sólo que menos dramática y encubierta por multitud de mecanismos defensivos, principalmente las racionalizaciones.

Las siguientes palabras de Espinosa parecen una anticipación del psicoanálisis, que en sus teorías postula que las cargas emocionales desplazadas o indebidamente mantenidas en situación defectuosa, pueden ser la causa de trastornos neuróticos que desaparecen si son removidas mediante la labor analítica: "Si separamos una emoción o un pensamiento del Alma, del pensamiento de una causa exterior y la unimos a otros pensamientos, quedan destruidos el amor y el odio con respecto a esta causa exterior, como asimismo las fluctuaciones del Alma que nacen de esas afecciones". "...Una afección, que es una pasión, cesa de serlo tan pronto formamos de ella una idea clara y distinta".* Y un poco más lejos añade, para reforzar la necesidad de ser objetivo y realista: "En la misma medida en que el Alma conoce

* Cita 2, pág. 259 a 266.



todas las cosas como necesarias, ella tiene, sobre las afecciones, una potencia mayor, es decir, padece menos”.^{*} Con respecto a la fuerza de las asociaciones y el reforzamiento de la experiencia a los traumas continuos causan sobre ellas, añade: “. . . Cuando una imagen se relaciona con más cosas, más frecuente es, es decir, más a menudo llega a ser viva y más ocupa el espíritu”. “Las imágenes de las cosas se unen con más facilidad a las imágenes que se relacionan con cosas conocidas clara y distintamente, que a las otras imágenes”. “. . . Cuanto una imagen esté unida a más cosas, llegará a ser viva con mayor frecuencia”.^{*}

En Espinosa, el conocimiento profundo de sí lleva a las posibilidades de libertad que el hombre puede experimentar, en lucha siempre con la fuerza de las pasiones. De este modo, camina hacia el moderno concepto de la psicología dinámica e individual, en la que las experiencias previas y la historia personal de un individuo son factores de gran importancia.

Sin embargo, no fue hasta la época de Freud cuando el conocimiento del inconsciente traspasó los límites de la filosofía y de la tradición popular y pasó a formar parte del campo de las ciencias modernas. Aunque en las teorías de Janet, sobre las neurosis, está implicado el concepto de un inconsciente dinámico (particularmente en su teoría de la disociación), el sentido pleno y moderno del inconsciente está ligado al nombre de Freud y a sus primeros estudios sobre la histeria, realizados en compañía de Breuer. La histeria, que en nuestros días ha decaído en importancia, ocupaba por aquellos días la atención de multitud de psiquiatras y neurólogos. Cuando Freud partió hacia París, con el objeto de trabajar y estudiar con Charcot, la mayoría de los pacientes que despertaban su interés en la Salpêtrière, eran mujeres histéricas. Sabido es que la mayoría de los psiquiatras de aquellos tiempos, no aceptaban la histeria más que en la mujer; por ello es que a su regreso a Viena, Freud tuvo grandes dificultades con su antiguo maestro Meynert, quien negaba obstinadamente la posibilidad de que el cuadro se manifestara en el hombre.^{13**}

Ya en Viena, Freud continuó por nuevos caminos sus estudios sobre la histeria, en compañía de Breuer (a quien se deben interesantes ideas sobre la catarsis), desilusionados ambos por los pobres resultados obtenidos en el tratamiento de las afecciones nerviosas, con los medios fisioterápicos tan en boga en aquellos tiempos. Ya Freud conocía, por Charcot, la posibilidad de suprimir o de producir síntomas a través de la hipnosis; pero en sus trabajos con Breuer pudo observar, además, que cuando el paciente estaba hipnotizado, si se le pedía que hablase sobre sus síntomas, podía producirse

^{*} Cita 2, págs. 259 a 266.

^{**} E. Jones relata que Meynert negaba obstinadamente esta posibilidad porque él mismo era un caso completo de histeria masculina, según lo confesó en su lecho de muerte.

una amplia liberación de recuerdos traumáticos, que estaban enlazados al síntoma. Al despertar del estado hipnótico, los síntomas habían desaparecido. Este nuevo método, al que se llamó *catarsis*, dio lugar a los conceptos de trauma, represión e inconsciente, tan importantes en la teoría psicoanalítica que se elaboró posteriormente. Al respecto, Freud se expresaba así: “Todos los fenómenos patológicos habían demostrado poseer un sentido. Era, además, un carácter general de los síntomas, el haber nacido en circunstancias que integraban un impulso a una acción, la cual no había sido llevada a cabo, sino omitida por motivos de otro orden. En lugar de estas acciones omitidas, habían surgido los síntomas. Tales circunstancias indicaban como etiología de los síntomas histéricos a la efectividad y el dinamismo de las fuerzas psíquicas y estos dos puntos siguen hasta hoy en pie”;⁴ Freud consideró que: “El método catártico es el antecedente inmediato del psicoanálisis y a pesar de todas las ampliaciones de la experiencia y de todas las modificaciones de la teoría, continúa hallándose en ella como nódulo central.”

Estos descubrimientos fueron vistos con gran desconfianza por los sabios de su tiempo y provocaron el rechazo de su teorías, ya que los neurólogos de aquella época “. . . parecían demostrar una íntima vinculación, quizá exclusiva de ciertas funciones, a determinadas partes del cerebro. Con el factor psíquico no sabían qué hacerse; no podían aprehenderlo, lo abandonaban a los filósofos, a los místicos y a los curanderos; en consecuencia, no se abría acceso alguno a los secretos de la neurosis, sobre todo de la enigmática histeria, la cual constituía el prototipo de la especie toda”.^{*} Con los trabajos de Berenheim, Herdenhein y Forel “. . . lo importante fue el reconocimiento de la autenticidad de tales fenómenos (la influencia psíquica en la etiología de las neurosis). Una vez dado este paso, se imponía extraer del hipnotismo dos enseñanzas fundamentales e inolvidables. En primer lugar, se llegó a la conclusión de que ciertas singulares alteraciones somáticas no eran sino el resultado de que ciertas influencias psíquicas activadas en el caso correspondiente. Y en segundo, la conducta de los pacientes, después de la hipnosis, producía la impresión clara de la existencia de procesos anímicos que sólo “inconscientes” podían ser. Lo “inconsciente” era ya, tiempo atrás, como concepto teórico, objeto de discusión entre los filósofos, pero en los fenómenos del hipnotismo se hizo por primera vez corpóreo, tangible y objeto de experimentación. A ello se añadió que los fenómenos hipnóticos mostraban una analogía innegable con algunas neurosis”, “. . . causaron también gran impresión los experimentos de Charcot, el cual había supuesto que ciertas parálisis surgidas después de un trauma (accidente), eran de naturaleza histérica. Fundándose en tal hipótesis, logró provocar, artificialmente,

^{*} Cita 4, págs. 166 a 168.



parálisis de idéntico carácter, por medio de la sugestión de un trauma durante la hipnosis”.

Dejemos que el mismo Freud relate el principio de sus descubrimientos acerca de la dinámica del inconsciente. Después de haber fracasado en sus intentos de hipnotizar a determinados pacientes, comprendió que la hipnosis era un obstáculo para proseguir sus investigaciones y “. . . en esta necesidad comencé a poner en práctica el método de la asociación libre, consistente en comprometer al sujeto a prescindir de toda reflexión consciente y abandonarse, en un estado de serena concentración, al curso de sus ocurrencias involuntarias (espontáneas)”.⁴

Encontró que los trastornos neuróticos del sujeto no obedecían fundamentalmente a una incapacidad para la síntesis, como lo había supuesto P. Janet,³ sino que había factores más activos que impedían a la persona relacionarse ampliamente con los estratos profundos de su mente. Al factor más activo, que podía ser superado por medio de la libre asociación, le llamó resistencia.

“. . . Y entonces, la experiencia nos enseñó algo tan nuevo como sorprendente sobre la naturaleza de las fuerzas en pugna. La represión partía regularmente de la personalidad consciente del enfermo (el yo), y dependía de motivos éticos y estéticos; que a la represión sucumbían impulsos de egoísmo y crueldad —que, en general, podemos considerar malos— pero, sobre todo, impulsos optativos sexuales, muchas veces de naturaleza repulsiva e ilícita. Así pues, los síntomas patológicos eran un substitutivo de satisfacciones prohibidas y la enfermedad parecía corresponder a una doma incompleta de lo inmoral que el hombre integra”. “La prueba de la utilidad del psicoanálisis para la actividad psíquica no patológica, se consiguió muy pronto con su aplicación a dos órdenes de fenómenos: a los frequentísimos y cotidianos “actos fallidos”, tales como los olvidos y las equivocaciones orales y escritas, etc., y a los sueños de los hombres sanos y psíquicamente normales”.

Posteriormente, el campo del psicoanálisis y por lo mismo, el campo de la exploración profunda de la mente humana, se amplió al ser llevado a la comprensión y a la evolución de la cultura. A estos trabajos contribuyeron principalmente Otto Rank y H. Sachs.³ Al respecto, Freud pensó que: “Si prescindimos de los impulsos poco conocidos internos, podemos decir que el motor principal de la evolución cultural del hombre ha sido la necesidad real exterior, que le negaba la satisfacción cómoda de sus necesidades naturales, y lo abandonaba a magnos peligros. Esta negación le obligó a la lucha con la realidad, lucha cuyo desenlace fue, en parte, una adaptación y en parte, un dominio de la misma, pero también la colaboración y la convivencia con los semejantes, a lo cual se enlazó ya una renuncia a varios impulsos ins-

tintivos que no podían ser satisfechos socialmente”, “. . . se ha mostrado que los mitos y las fábulas son, como los sueños, susceptibles de interpretación; se han seguido los intrincados caminos que conducen desde el impulso del deseo inconsciente, hasta la acción afectiva de la obra de arte sobre el sujeto receptor; se ha explicado la afinidad interior del artista; entre su disposición, sus vivencias causales y su obra”.

De esta manera, Freud trazó un grandioso panorama que abarcaba la comprensión de la vida inconsciente, desde los actos fallidos, insignificantes en apariencia, hasta las más elevadas creaciones culturales. Señaló al inconsciente tres principales estratos. En la capa más superficial estaría situado el *preconsciente*, formado por material no sujeto a la represión y que, por lo tanto, podría ser evocado con facilidad. El concepto de *subconsciente* quedó reservado para el material psíquico sujeto a la represión, pero que podía surgir, sin grandes dificultades, a través de elementos deformados, de actos fallidos, sueños y síntomas neuróticos. En el *inconsciente* quedaría material profundamente sumergido y prácticamente inaccesible, por lo que suele pasar inadvertido. En la actualidad, estas distinciones son puntos teóricos sin mucha razón de ser, y bajo el término de inconsciente, suelen quedar comprendidos todos aquellos procesos que pasan inadvertidos, sujetos en alguna forma a la represión, pero que con alguna técnica determinada se puede conocer.

Freud adscribió al inconsciente dos elementos principales: El *ello*, que constituye el motor principal de la personalidad y que contiene todos los instintos, impulsos y tendencias originales y se encuentra, por lo mismo, muy sujeto a la represión. El segundo ordenamiento está constituido por el *superyo*, que es una instancia represiva integrada con las restricciones y censuras provenientes del medio ambiente, y que durante el transcurso de la vida —particularmente en la etapa infantil— han sido introyectadas e integradas a la psique. Por último y como un elemento mediador en la relación con el ambiente y con manifestaciones en la esfera de la conciencia, aparece el *yo*, que significa un instrumento de contacto con el mundo de la realidad y es el órgano mediante el que se actúa, a través de los necesarios ajustes, con el medio ambiente.

Con estos conceptos de abrió una nueva era en la psicología. En nuestra época, el inconsciente aparece como la nueva cara del hombre, con una importancia anteriormente desconocida. Antes de Freud, interesaba sobre todo conocer los pensamientos, afectos y acciones derivados de las funciones conscientes, o al menos, de los que así se creían. Dentro de esta postura, prejuiciosamente moralista, todo ser humano con “uso de razón”, resultaba totalmente responsable de sus actos y pensamientos. Es un ejemplo la tradicional actitud católica en que un pensamiento o deseo considerado como



pecaminoso, si es “consentido” en la mente, es causa de pecado y si no se le rechaza prontamente puede conducir al infierno. Ahora se sabe plenamente que detrás de cada deseo o pensamiento, hay un complicado conjunto de motivaciones que los impulsan y condicionan de modo tan importante, que no pueden dejarse pasar inadvertidas. A esto, se debe añadir que los conocimientos derivados de la fisiología, la bioquímica, la antropología y la psicología comparada, para no citar más que unas cuantas disciplinas, han contribuido en gran manera a complementar los conocimientos acerca de la naturaleza de los procesos inconscientes.

No se comprendería bien el sentido de la represión y de los mecanismos del inconsciente, si no se tuviera en cuenta hasta qué punto Freud consideró que lo consciente y lo inconsciente se encuentran en perpetua pugna. De aquí que resulte tan importante el concepto de conflicto. Un conflicto surge cuando existen dos tendencias poderosas que llevan, cada una de ellas, a situaciones opuestas o contradictorias. Por ejemplo: una persona lucha por adquirir independencia y autoafirmación, pero a la vez teme alejarse de las autoridades o de los padres, de los que extrae sentimientos de apoyo y seguridad, pero estas figuras (pueden ser también determinadas doctrinas o credos) resultan restrictivas. El sujeto puede sentirse atemorizado y culpable. De no resolverse el conflicto, la persona permanece paralizada y en angustia encubierta o controlada por algún mecanismo defensivo. Ahora bien, por su naturaleza, un conflicto es de difícil solución, ya que cualquiera de las alternativas que presenta tiene aspectos negativos o indeseables, pues de otra manera no sería conflicto. No se puede operar sin pérdida. El conflicto es a veces real y a veces imaginario, total o parcialmente. Un sujeto maduro aprende a valorar debidamente las alternativas de una situación conflictiva y asume la responsabilidad y el valor de tomar la decisión más conveniente en cada caso, posponiendo la solución el menor tiempo posible.

Freud pensó que los conflictos surgirían entre situaciones antagónicas del ello y del yo. Los elementos reprimidos no permanecen quietos, como si estuvieran archivados o almacenados, sino que están ligados a cargas emocionales que les confieren movilidad y carácter operante sobre la vida consciente. Las fuerzas que luchan por hacer surgir los elementos reprimidos fueron llamadas catéxicas y a las fuerzas que mantienen el material reprimido luchando contra ellas se les llamó contracatéxicas. Durante la lucha se ponen en juego los mecanismos defensivos y se causan los síntomas neuróticos y las inhibiciones funcionales. De esta manera, se mantiene el inestable y angustioso edificio del carácter neurótico, gastando desde luego una gran cantidad de energía en mantener este complicado proceso, lo que da origen a un empobrecimiento de la personalidad. Podría decirse que se parece a un

estado en rebelión, en el que una parte de los ciudadanos lucha por liberarse, de un ejército dispendioso, que tiene a su cargo el reprimirlos.

Durante las primeras épocas de su investigación, Freud pensó que los motores principales de la conducta se hallaban en el ello y estaban constituidos por los instintos vitales, a los cuales llamó libido. La libido o principio sexual-vital supremo, se desplaza en dos direcciones. La primera, se dirige hacia la conservación de la especie y condiciona la conducta sexual o los diversos derivados de ésta. La segunda dirección, apunta hacia la conservación del individuo y está destinada al servicio del yo. Pero a medida que avanzó en sus investigaciones, quedó cada vez más impresionado al observar el gran potencial agresivo y destructor del ser humano. En su madurez científica estableció una segunda fuerza instintiva, a la que llamó instinto de muerte o tánatos, en oposición al eros. De la eterna lucha entre eros y tánatos surge la angustiada condición humana. El tánatos, tan poderoso como el eros, tiende a regresar al ser humano al estado inanimado del cual surgió. De la transformación sublimada de los instintos emergió la cultura, característica de la especie humana.

Algunos de los discípulos más destacados de Freud se alejaron pronto de sus concepciones originales. Uno de los primeros disidentes fue Adler. Este psicólogo pensó que surgiendo el hombre de una situación real de inferioridad original, se ve obligado a realizar lo que él llamó una reacción de protesta, y a elaborar como compensación una serie de mecanismos defensivos y compensatorios propios de cada persona e indispensables para alejar la ansiedad y mantener el equilibrio. Al conjunto de estas formaciones reactivas le llamó estilo de vida. En esta situación se encuentran los elementos inconscientes de la personalidad.

Jung, otro de los más importantes disidentes, añadió a las ideas de Freud el concepto del inconsciente colectivo. Según este autor, además del inconsciente personal de un sujeto, que está determinado por su historia, existen cauces y formas de pensamiento, hereditariamente determinados, que constituyen modelos comunes a las personas y forman lo que llamó los arquetipos. Ejemplo: una mujer sueña que se encuentra en el claro de un bosque, en la compañía de un hombre. Ambos se encuentran desnudos y realizan una unión sexual. Por la semejanza de la escena con la vida paradisíaca que el Génesis y otros libros arcaicos describen, puede decirse que las imágenes oníricas son semejantes y que el sueño de esta mujer sigue cauces arquetípicos.

Los arquetipos tienen cierta relación con los llamados símbolos universales. A través de las imágenes arquetípicas, el inconsciente constituye una especie de reservorio de la sabiduría ancestral, que se nos revela particularmente en los sueños. Véase lo que el propio Jung dice: “Es imposible explicar, por el principio de la represión, el carácter subliminal de todos estos



materiales (contenido del inconsciente), porque entonces el anulamiento de la represión le proporcionaría al hombre una memoria tal, que ya nada olvidaría”.⁵ “...Insistiremos en que aparte del material reprimido, en el inconsciente se encuentra también todo lo subliminal convertido en psíquico, incluso las percepciones sublimales de los sentidos”, “...el inconsciente contiene asimismo aquel material que todavía no ha podido alcanzar el dintel liminal de la conciencia”. Agrega un poco después: “En el inconsciente hemos de distinguir, de cierta manera, un estrato que podrá calificarse como inconsciente personal. Los materiales contenidos en este estrato son de naturaleza personal puesto que se caracterizan, por una parte, como adquisiciones de la existencia individual y por otra, como factores psicológicos que podrían ser también conscientes”. “...El inconsciente parece contener también elementos distintos de las adquisiciones y pertenencias meramente personales”, “...se trata de una imagen primitiva y genuina de la divinidad, surgida en el inconsciente de una persona moderna y productora de una imagen de un efecto vivo, que podría darnos qué pensar desde el punto de vista psicológico religioso...” “Nada podría calificarse de «personal» en esta imagen. Es una imagen perfectamente colectiva, cuya existencia étnica nos es conocida desde hace muchísimo tiempo. Esta imagen histórica, universalmente propagada, ha vuelto a surgir por función psíquica natural, cosa que no ha de extrañar, puesto que el paciente nace con un cerebro humano, el cual, probablemente, sigue funcionando en nuestros tiempos todavía como en tiempos de los antiguos germanos. Trátase de la revivificación de un arquetipo, palabra con que he designado esta clase de imágenes primitivas. Es la forma de pensamiento primitiva y analógica propia de los sueños la que elabora esta imagen antigua. No se trata de representaciones o imágenes heredadas, sino de vías, de cauces heredados”. “...Frente a tales hechos, no nos queda seguramente más remedio que admitir que el inconsciente no solamente contiene elementos personales, sino también elementos impersonales, colectivos, en forma de categorías heredadas o arquetipos. Por eso he establecido la hipótesis de que el inconsciente, digamos en sus estratos más profundos, posee contenidos colectivos relativamente animados y, por lo mismo, he propuesto el término de inconsciente colectivo”.

En las líneas anteriores queda contenido, en su forma fundamental, el concepto de Jung sobre el inconsciente. Sus reflexiones resultan de suma importancia, pues amplían y modifican de manera fundamental el primitivo concepto freudiano, dándole mayor amplitud y profundidad, lo que permite la comprensión de una serie de fenómenos, que la concepción freudiana deja fuera.

Más tarde, Fromm, principalmente en su trabajo sobre budismo y psicoanálisis,⁶ insiste en que la conciencia es básicamente una función que tiene

por objeto aprehender o tomar posesión de los objetos de la conciencia. Por lo tanto, puede hablarse de grados de conciencia. La conciencia puede llenarse de falsos contenidos, o sea de elementos o material que no guarda adecuada relación con la realidad. Tanto en la formación de este material como en la dificultad que existe para tomar conciencia de la realidad, influyen los filtros sociales, de los cuales Fromm considera tres clases.

El primero deriva de que en nuestro medio social no se acostumbra prestar atención a objetos a los que otras culturas conceden mucha importancia. Por lo general se trata de percepciones de carácter ético y estético. El lenguaje occidental tampoco posee la riqueza expresiva suficiente para comunicar esta clase de percepciones.

El segundo filtro deriva de la lógica. La estructura mental característica del occidental, no permite el paso de ideas y conceptos que no quepan dentro de un orden lógico.

Finalmente, el tercer filtro deriva de los sentimientos de inconveniencia social y limita o censura los contenidos psíquicos socialmente inaceptables.

A través de lo expuesto, puede apreciarse cómo algunos autores han ensanchado y enriquecido el primitivo concepto de inconsciente dinámico que describiera Freud, y que en la actualidad ocupa un lugar primordial como objeto de la psicología moderna, puesto que agregó una nueva y profunda dimensión a la concepción de la estructura psíquica, que nos permite dirigir la mirada hasta su entronque con los confines instintivos, biológicos y constitucionales, logrando de este modo una comprensión más profunda y auténtica.

REFERENCIAS

1. FREUD, S.: *Psicopatología de la vida cotidiana*. Santiago Rueda. Bs. As. Arg., 1953.
2. SPINOZA, B.: *Ética*. Biblioteca Clásica Universal. Madrid, 1940.
3. JONES, E.: *Vida y obra de Sigmund Freud*. Tomo II. *Los años de madurez*. (pág. 346). Ed. Nova. Bs. As. Arg., 1960.
4. FREUD, S.: *Esquema del psicoanálisis*. Santiago Rueda. Bs. As. Arg., 1953.
5. JUNG, C. G.: *El yo y el inconsciente*. L. Miracle Ed. Barcelona, 1955.
6. SUSUKI, D. T. y FROMM, E.: *Budismo zen y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica. Méx., 1964.

